

I. Los griegos	11
1. <i>Los sofistas</i>	13
2. <i>Sócrates</i>	14
3. <i>Platón</i>.....	16
4. <i>Aristóteles</i>	17

I. Los griegos

En el pensamiento griego se encuentran claves decisivas para conocer la relación entre democracia y educación. Los sofistas se preocuparon por la capacitación del ciudadano desde un punto de vista práctico; Sócrates promovió el autoconocimiento y pregonó el cultivo de la virtud civil; Platón ingenió una república diferenciada y ordenada, sustentada en la educación; Aristóteles, por su parte, pensó al hombre como un animal político (*zoon politikon*) y, al reflexionar sobre los rasgos de una comunidad de hombres libres, descubrió algunos de los problemas típicos de toda democracia.

Comúnmente, se atribuye a Pericles la introducción del sistema democrático en la ciudad de Atenas. He aquí, según Tucídides, el discurso de Pericles:

Nuestra constitución política no tiene nada que envidiar a las leyes que rigen a nuestros vecinos; lejos de imitar a los otros, nosotros damos el ejemplo a seguir. A par-

tir de que nuestro Estado es administrado en función del interés de la masa (de ciudadanos) y no de una minoría, nuestro régimen ha tomado el nombre de democracia... Los hombres se pueden dedicar, simultáneamente, a sus asuntos privados y a los asuntos del Estado: los simples artesanos pueden entender adecuadamente los asuntos de la política; nosotros somos los únicos en considerar al hombre que no participa no como un inútil sino como un ocioso.

Aunque creadores del autogobierno democrático, el concepto y la práctica de la democracia entre los antiguos, dice Giovanni Sartori, se aleja mucho de los elementos y circunstancias propias de la democracia moderna. Su organización social tenía rasgos esenciales de toda comunidad premoderna. La libertad individual de un ateniense no puede compararse con la libertad individual moderna: aquélla sólo era concebible dentro del *corpus* orgánico de la comunidad. Por otro lado, la democracia griega se ejercía en pequeñas ciudades, no en naciones como suce-

de ahora. ¿Y qué decir del hecho de que la democracia griega sólo era ejercida por una minoría y se sustentaba sobre una base social esclavista? En Atenas la democracia era prerrogativa de 30 000 ciudadanos, en tanto que había 200 000 personas, entre mujeres, esclavos y extranjeros, excluidas de toda participación en el gobierno de la urbe. Por añadidura, la democracia griega era una democracia *directa* —las decisiones eran tomadas por el pueblo reunido en asamblea—, a diferencia de la democracia moderna que es *representativa* —en el sentido de que en ella el pueblo gobierna a través de representantes.

Hay evidencias que sugieren la existencia en Atenas de escuelas públicas que preparaban para el ejercicio de la ciudadanía. En el diálogo *Critón*, Platón dice: “¿Acaso no eran justas las leyes (*nomoi*) educativas que obligaban (*parangellontes*) a tu padre a educarte física y musicalmente?” Asimismo, en el discurso de Esquines contra Timarco se dice: “Recordaréis conciudadanos, que Dracón y Solón dictaban leyes para proteger la moral de nuestros hijos y que explícitamente prescribieron cómo debían ir vestidos

y de qué manera habrían de ser educados”. Dichas leyes, al parecer, establecían las horas de asistencia a la escuela (*didaskaleion*) y a la sala de gimnasia (*palaistra*), y contenían advertencias morales para el niño y el maestro. La presencia de escuelas en la ciudad es mencionada por Heródoto y Pausanias en sus relatos. Se sabe, además, que los atenienses votaban la sentencia de ostracismo escribiendo el nombre del acusado sobre pedazos de barro, lo cual lleva a suponer que los ciudadanos estaban uniformemente alfabetizados.

Sin embargo, esta tesis no ha tenido cabal demostración. Es verdad, dicen ciertos historiadores, que entre los antiguos griegos la educación tuvo un papel crucial, pero no se trata de la educación en sentido convencional. Werner Jaeger dice que los griegos no distinguieron —sino parcialmente— la educación del conjunto de su vida espiritual, y que lo que hoy entendemos por educación se asimilaba dentro de un concepto más amplio, la *paideia*, que incluía la formación que adquirirían los ciudadanos en la vida de la *polis*. La educación y la cultura, dice Jaeger, no constituían algo distinto a la estruc-

tura objetiva de su vida espiritual. En Atenas, vida pública y vida privada no se distinguían; una y otra se fundían en una unidad indiscernible. La vida misma era una escuela de ciudadanía.

Los antiguos atenienses —dice Alfonso Reyes—, casi no tenían libros o se conformaban con escasos volúmenes. Aparte de la instrucción elemental del gimnasio, recibían de viva voz la cultura. Los poetas declamaban a cielo abierto; los mismos presocráticos cantaban y danzaban sus poemas ontológicos en mitad de la calle, hechos unos locos; los filósofos iban reclutando al paso sus discípulos; los sofistas itinerantes daban audiciones; Sócrates entablaba sus diálogos dondequiera que se juntaba el pueblo o atajaba con el bastón al transeúnte —que un día resultó ser el joven Jenofonte— para someterlo al torcedor de la duda metódica; el derecho se aprendía en el ágora y en los pleitos... El ocio se cultivaba con amor y permitía la conversación constante, donde se formaba la enseñanza. La *polis* no necesitaba cuidarse de los sistemas educativos porque ella se cuidaba sola, la escuela era la ciudad y la educación se confundía con la vida: la *paideia*.

Hay historiadores, como James Bowen, que afirman que, al menos durante la última fase de la Grecia anti-

gua (cuando la democracia ya había eclipsado), los niños eran instruidos en cinco asignaturas: música, gimnasia (educación física), lectura, escritura y cálculo. Para cada una de estas materias existían maestros expertos que ofrecían sus servicios por una paga determinada. Los niños eran acompañados constantemente por esclavos, llamados *paidagogos*, de los cuales es posible que recibieran influencias morales decisivas.

1. LOS SOFISTAS

Por otra parte, en la época temprana de la democracia apareció en Grecia una forma de educación no formal vinculada a necesidades específicas de la acción política democrática. Hacia la mitad del siglo v aparecieron los sofistas (Protágoras, Gorgias, Critias, Hipias, Calicles y otros). Estos sofistas eran educadores trashumantes que se encargaban de prestar sus servicios a jóvenes ricos destinados, presumiblemente, a convertirse en líderes políticos. En ocasiones, se les ha llamado *maestros de la virtud* pero, en realidad, la actividad de los sofistas se vinculó menos a un ideal virtuoso que a una dimensión utilitaria: su tarea consis-

tía en preparar políticamente a jóvenes de familias opulentas para desempeñarse en la arena pública (la asamblea o *ecclesia*, y en los juicios). La asignatura fundamental en sus enseñanzas fue la retórica, la cual entrañaba, sin embargo, un problema ético esencial. La clave del éxito en la asamblea, según los sofistas, residía no en buscar y mostrar la verdad sino en contar con medios —palabras brillantes, verbos cautivadores, aderezos verbales oportunos— para cautivar y seducir al auditorio. El objetivo del orador, a decir de ellos, no era alcanzar la verdad; bastaba con lograr la verosimilitud. En otras palabras, la educación sofista se ostentaba como neutral, ajena a todo compromiso ético, de modo que la retórica era una técnica que podía servir por igual a una causa buena que a una mala.

Esta indiferencia de los sofistas hacia la virtud moral es coherente con el relativismo que identificó sus ideas en todos los órdenes y que resumió la sentencia de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”. No había, según ellos, verdades universales: la verdad dependía del sujeto y no del objeto. Se justificaba que cada quien

mirara e hiciera las cosas a su manera. “Las reglas —decían— no son sagradas sino meras convenciones”. Esta manera de pensar tendría consecuencias antidemocráticas y derivaría en la afirmación de la ley del más fuerte:

Si nos alejamos de las convenciones y atendemos a la naturaleza podremos comprobar —dice Calicles en el *Gorgias*— que siempre el hombre más fuerte se impone sobre el débil.

Las costumbres y las leyes —continúa— son una creación de los hombres débiles, de la masa, de las naturalezas esclavas, para protegerse, pero a veces sucede que un hombre fuerte rompe la ley e impone su voluntad sobre los demás; en tal caso estamos ante un hecho “justo por naturaleza”.

2. SÓCRATES

Tal relativismo —que desembocaba en amoralismo— llevó a Sócrates a despreciar a los sofistas, a quienes acusó en varias ocasiones de comerciantes y charlatanes. La virtud ciudadana, dice el padre de la filosofía, se identifica con la verdad y con el conocimiento. Aunque accesibles a la razón, los valores éticos tienen un fundamento absoluto, trascendente, ajeno a toda

contingencia temporal. Sócrates también era maestro itinerante pero, a diferencia de los sofistas, él no cobraba por sus enseñanzas. Su método, la maieútica, consistía en dialogar y utilizar preguntas precisas y oportunas a fin de llevar al alumno a sucesivas revelaciones. Preguntaba siempre lo mismo a sus interlocutores: los interrogaba sobre el concepto que tenían de sí mismos (“conócete a tí mismo”), si conocían la verdad y el saber, los valores del hombre, etcétera, con lo cual les demostraba que nada sabían. Por medio de la confrontación de opiniones los llevaba a obtener, de manera inductiva, determinadas conclusiones. Su estilo coloquial se acompañaba de una ironía que tenía el efecto de provocar y sacudir hasta a los espíritus más amodorrados. El objeto fundamental de su enseñanza fue el tema de la virtud, el bien moral y el ejercicio correcto de la ciudadanía. Su preocupación fue formar hombres buenos, comprometidos con el valor supremo de la virtud ciudadana y alejados de las mezquindades. Esta actividad docente fomentaba el espíritu crítico e irritaba a los poderosos de la ciudad a tal punto que, en un momento dado,

éstos levantaron contra él acusaciones falsas y lo llevaron a un juicio público. La asamblea democrática, convertida en Jurado Supremo, condenó a Sócrates a muerte —obligándole a beber la cicuta—, sentencia que se consumó en el año 399 a. de C. Ante esta resolución, Sócrates mostró una conducta ejemplar: jamás se retractó ni —aunque tuvo oportunidad de huir— trató de huir; por el contrario, aceptó sin reparos la sentencia del tribunal, asumiendo hasta las últimas consecuencias el principio de respeto absoluto a la ley que pregonó siempre a sus alumnos:

¡Atenienses! —dijo Sócrates ante quienes lo juzgaban— me sois caros y dignos de aprecio, pero me importa más obedecer a Dios que a vosotros. Y mientras me quede fuerza y aliento no cesaré de buscar la verdad, de amonestaros y de adoctrinar a quienquiera de vosotros que me encuentre al paso, diciéndole a mi manera: ¿Cómo tú, mi estimado ciudadano, ciudadano del más grande y culto de los Estados, cómo no te avergüenzas de ocuparte con afán en llenar lo más posible tu bolsa y de procurarte fama y honor y, en cambio, del juicio moral, y de la verdad y de la mejora de tu alma nada se te da?

3. PLATÓN

La muerte de Sócrates pasó a la historia como un estigma indeleble para la democracia ateniense. Para Platón, su discípulo, este hecho lamentable fue signo inequívoco de la decadencia de Atenas y confirmación de que la democracia invariablemente desemboca en la demagogia. Platón continuó la obra de Sócrates. Fue, en sentido estricto, el primer filósofo que formuló una teoría sobre la organización del cuerpo político —el Estado— y concibió una educación compatible con esa organización. Sus ideas fueron reunidas en *La República*, obra que es al mismo tiempo un tratado de política y de pedagogía. *La República* describe un proyecto de organización política sustentado en la teoría platónica de las ideas. Según esta teoría, el mundo sensible (es decir, el mundo que percibimos por los sentidos), no es sino una ilusión y el verdadero mundo —el mundo de las ideas— se halla en una esfera superior, trascendente. Los entes sensibles sólo pueden reflejar parcialmente, de manera imperfecta, a las ideas. Por lo mismo, la reflexión de Platón sobre la comunidad cristaliza en una república ideal que coincide poco con la demo-

cracia de Atenas y evoca el orden político autoritario de Esparta. Nos referiremos a él, sin embargo, buscando hacer un contrapunto en nuestro relato.

Platón hace en esta obra algunas observaciones deslumbrantes sobre las dificultades que encierra la vida en comunidad. Señala, por ejemplo, el problema que representa para la convivencia colectiva la existencia de lo que hoy llamaríamos caracteres desviados o patológicos. En otras palabras, le preocupa la administración y el control de las conductas y esa preocupación lo lleva, como lo veremos enseguida, a proponer un modelo de organización política cuyo acento es el orden y el control social. En ella existen tres grupos sociales: los gobernantes, los guardianes y los ciudadanos. Se trata de un orden jerárquico, sin libertad, en donde los guardianes mandan y los ciudadanos obedecen, que se inspira en la idea básica de que el hombre es espontáneamente malo. No hay en ella propiedad privada. Las mujeres y los hijos son comunes, es decir, pertenecen a todos los hombres. En esa comunidad utópica, la virtud capital, la justicia, consiste en que cada quien cumpla con la misión que tiene

asignada dentro de su estamento social. Platón establece una virtud específica para cada grupo social: la virtud de los gobernantes es la sabiduría; la de los guardianes, la fortaleza; la de los ciudadanos, la templanza. La sabiduría o filosofía es atributo exclusivo de los gobernantes: debe seleccionarse a los jefes en función de cualidades como la prudencia, la energía y, sobre todo, su fidelidad al bien público. ¿Qué es la templanza? Es orden personal, freno a las pasiones, contención, predisposición a la sumisión y a la obediencia, rasgos todos ellos que deben ser atributos del pueblo. A este orden social le corresponde todo un programa educativo, que Platón expone con detalle. La educación en *La República* no es universal, se circunscribe a los guerreros y los gobernantes, pero sí es pública, es decir, debe estar en manos del Estado. El niño, al nacer, debe pasar una prueba de selección eugenésica: sólo serán dignos de vivir los que posean una constitución física sin defectos. La base curricular de la educación platónica la representan la gimnasia y la música. El objeto de la gimnasia no es sólo la perfección del cuerpo, también contribuye a la perfección moral del hom-

bre. Los jóvenes destinados a ser gobernantes estudiarían, además, los números, geometría, astronomía, sólidos [física] y filosofía. En la educación de los futuros gobernantes, el Estado debe procurar evitar que los niños se expongan a malos ejemplos y censurar las obras que les muestran acciones de pusilanimidad o cobardía.

4. ARISTÓTELES

La segunda gran aportación teórica de los antiguos griegos a la organización política de la sociedad la representa *La Política* de Aristóteles. Esta obra, como *La República*, es simultáneamente un tratado de organización del Estado y un tratado de pedagogía. En ella se ofrece una descripción de las diversas constituciones y modelos de gobierno que existieron en el *siglo de oro* de la Grecia antigua y, asimismo, se presenta un bosquejo del Estado “menos imperfecto” en términos de población, territorio, acceso al mar, carácter de los habitantes, clases sociales, etcétera. Aristóteles no simpatizaba con la democracia, pero se ocupó de ella e hizo una taxonomía de los regímenes políticos (monarquía, aristocracia, república y sus correspondientes

formas degeneradas: tiranía, oligarquía y democracia), relativizando el valor de cada uno. Se preocupó, de manera especial, de las relaciones entre educación y sistema de gobierno en una sociedad integrada por hombres libres. El principal objetivo de la educación, para Aristóteles, es formar buenos ciudadanos. La educación debe adaptarse a cada régimen:

En todas las facultades y artes se requiere educar y habituar previamente con vistas al ejercicio de cada una de ellas, de modo que es evidente que esto también se requiere para la práctica de la virtud.

La educación de los jóvenes debe ser pública, común para todos, en correspondencia con el hecho de que la ciudad tiene un fin único: “No es el azar el que asegura la virtud del Estado, sino la voluntad inteligente del hombre”. Es verdad que hay diferencia entre la virtud privada y la virtud ciudadana, y que no puede haber identidad entre ellas. Sin embargo, en la república perfecta todos deben participar de la virtud cívica. Dice Aristóteles en *La Política*:

El ciudadano, como el marinero, es miembro de una asociación. A bordo, aunque

cada cual tenga un empleo diferente, siendo uno remero, otro piloto, éste segundo, aquél encargado de tal o cual función, es claro que a pesar de las funciones o deberes que constituyen propiamente hablando una virtud especial para cada uno de ellos, todos, sin embargo, concurren a un fin común, es decir, a la salvación de la tripulación, que todos tratan de asegurar. Los miembros de la ciudad se parecen exactamente a los marineros; no obstante las diferencias de sus destinos, la prosperidad de la asociación es su obra común y la asociación en este caso es el Estado.

El cultivo de la virtud en sus ciudadanos es la primera obligación del Estado. La suprema virtud se resume en este doble imperativo: saber obedecer y saber mandar. El ser que obedece y el que manda no deben saber las mismas cosas. Sin embargo, el ciudadano tiene ambas cualidades. ¿Qué rasgo distingue al ciudadano? El hecho de que está revestido de poder, de que puede actuar como juez, como elector o como magistrado. El punto de partida de la educación ciudadana debe ser reconocer que el hombre es un ser moral, que en la escala animal sólo él percibe el bien y el mal. El alma del hombre tiene dos partes: una parte irracional y otra racional. El verdadero fin

de la naturaleza es la inteligencia y, por lo tanto, la educación debe subordinar el instinto (parte irracional). La educación debe darse en el siguiente orden:

primero el cuerpo, enseguida el instinto y luego la inteligencia. El currículum básico del ciudadano comprenderá letras, gimnasia, música y dibujo.